

CAPITULO VII.

Expedición de Juan Ponce de Leon en busca de la fuente de la Juventud.

(1512.)

El 3 de marzo del año 1512, salió Juan Ponce con sus tres buques del Puerto de San German en la isla de Puerto-Rico; se mantuvo por algun tiempo costeadando la Española, y luego dirigiéndose hacia el Norte hizo vela á la parte de las Bahama, llegando muy pronto á la primera de aquellas. Favorecióle tanto la estacion y la tranquilidad de los mares, que se dejó llevar blandamente por el viento y las corrientes al través del verde archipiélago, visitando una tras otra todas las islas, hasta que el catorce del mes arribó á Guanahani ó San Salvador, donde primero puso el

pie Cristóbal Colon cuando pisó las playas del Nuevo-Mundo. Sus pesquisas en busca de la isla de Bimini fueron inútiles, lo mismo que los de la fuente de la Juventud; pues por mas que bebió de todos los manantiales, rios y lagos del Archipiélago, y aun de los salados pantanos de la isla de los Turcos, no consiguió rejuvenecerse.

Sin embargo, no por eso se desanimó, sino que despues de haber recompuesto sus buques, volvió á hacerse á la mar, dirigiendo su rumbo hacia el Noroeste; el domingo 27 de marzo avistó lo que él creyó ser una isla, pero no pudo desembarcar á causa del mal tiempo; continuó bordeando algunos dias, combatido por los elementos, hasta que la noche del 2 de abril pudo anclar, próximo á tierra, á los treinta grados y ocho minutos de latitud. Todo el pais parecia hallarse en la mas hermosa y florida primavera.



Juan Ponce toma posesion de la Florida.

los árboles y los campos estaban cubiertos de flores; por cuya circunstancia y por la de haberlo descubierto en Domingo de Ramos, le dió el nombre de

una á 325 leguas de distancia, segun dicen los que las han explorado, que contiene un manantial perenne de agua viva, de tan maravillosa virtud que bebiéndola con método restablece á los ancianos en su juventud primera; y aseguro á vuestra santidad que esto no es un dicho sin fundamento, porque es tan válido en la corte, que no solo el pueblo le da fe, sino hasta las personas, cuya sabiduría y fortuna los separan del comun del pueblo; mas si vuestra santidad desea saber mi opinion acerca de este punto, le diré que no quiero atribuir tan grandioso poder á la naturaleza; pero si que Dios se habrá reservado esta prerogativa para atraerse el corazon de los hombres, etc.—P. Mártir, d. 2. c. x.

Florida, que conserva: los indios la llaman Cautix: (1)

Juan Ponce desembarcó y tomó posesion del territorio, en nombre de los soberanos de Castilla; y continuó despues, por espacio de muchas semanas, recorriendo las costas de tan hermoso pais, luchando contra las corrientes que contribuyeron á hacer del golfo un peligroso sitio. Dobló el cabo Cañaveral, y reconoció las costas del Este y del Sur, sin sospechar que aquello era una parte de Costa-Firme. En todas sus tentativas de reconocimiento, encontró resueltos é implacables salvajes que salian á oponersele, manifestando ser de una raza indómita y guerrera.

(1) Herrera, Hist. Ind., d. 1, l. ix, c. 10.

Tampoco dió allí con el oro que buscaba, y ninguna de las fuentes ni rios que examinó, poseian la maravillosa virtud de rejuvenecer: convencido, pues, de que aquel no era el pais de que hablaba la tradicion India, volvió la proa hacia Puerto-Rico el 14 de junio, con intencion de seguir buscando, durante la travesía, la isla de Bimini.

A su regreso descubrió un grupo de pequeñas islas muy abundante en pájaros y animales marinos; en una de ellas cogieron los marineros, durante una sola noche, ciento setenta tortugas; y pudieron haber cogido mas, si hubiesen querido; tambien cogieron quince lobos marinos y mataron considerable cantidad de pelicanos y otras aves. A este grupo dió Juan Ponce el nombre de islas de las Tortugas, que todavia conserva.

Prosiguiendo su crucero, tocó en otro grupo de islas, cerca de las Lucayas, al cual denominó de La Vieja, porque no halló en ellas mas habitantes que una vieja india (1). Llevóse á bordo á aquella anciana sivila para que le informase del laberinto de islas en que entraba, y no pudo haberse procurado mejor guia para la singular exploracion que estaba haciendo; pero, con toda la práctica de aquella mujer, hallóse muy embarazado en su retorno por en medio de las islas de Bahamac, pues parecia que habia emprendido su camino contra el curso de la naturaleza y de las corrientes, que se dirigen hacia el Occidente en aquel golfo y los vientos generales que las acompañan. Por espacio de mucho tiempo luchó con toda clase de dificultades y peligros, y vióse obligado á permanecer cerca de un mes en una de las islas, para reparar las averías que sus buques, sufrieron en una tempestad.

Desanimado al fin con los obstáculos de que la naturaleza rodeaba á la isla de Bimini, como si fuese la isla encantada de algun romance, se cansó de buscarla en persona y dió la comision á un experimentado capitán llamado Juan Perez de Ortubia, que partió en uno de los buques, guiado por la vieja y por otro indio. Juan Ponce se volvió lo mas pronto que pudo á Puerto-Rico, caido de espíritu y arruinado de resultados de aquel crucero en busca de riquezas y perpétua juventud.

A poco de estar en el puerto, llegó su fiel comisionado Juan Perez, quien, guiado por la vieja, habia encontrado, por último, la tan deseada isla de Bimini: dijo, que era grande, fértil y cubierta de magníficos arbolados; que tenia hermosas y cristalinas fuentes y abundantes arroyos que la mantenian en perpétua verdura; pero, que no habia agua ninguna con la virtud de transformar los entorpecidos miembros de un anciano en los vigorosos de un jóven.

De este modo concluyó la romántica expedición de Juan Ponce: fue en persecucion de una quimera y resultó una adquisicion real, porque si no halló la fuente de la Juventud, hizo en su lugar el importante descubrimiento de la Florida. (2)

CAPITULO VIII.

Expedición de Juan Ponce contra los caribes.—Su muerte.

JUAN Ponce de Leon pasó á España, á fin de hacer la relacion de su descubrimiento al rey Fernando; e

(1) Herrera, d. 1, l. ix.

(2) La creencia de que existia un rio en la Florida, como se lo habia imaginado Juan Ponce, prevaleció por mucho tiempo entre los indios de Cuba, y los caciques tenian gran deseo de descubrirlo. Una porcion de naturales de Cuba se dirigieron una vez en su busca, y se quedaron allí; de lo que no cabe duda, pues sus descendientes fueron hallados entre los habitantes de la Florida. Dice Las Casas que en su tiempo persistian muchos en aclarar este misterio, y que la mayor

buen caballero tuvo que sufrir muchos sarcamos de los burlones de la corte, sobre su visionario viaje, á pesar de que algunos sabios habian sido tan crédulos como él. El rey, sin embargo, le recibió con grandes muestras de aprecio, y le revistió del honorífico título de adelantado de Bimini y la Florida, considerándose aun esta última como una isla; dióle tambien permiso para reclutar gente en España y las colonias, á fin de fundar allí un establecimiento; pero él difirió tomar posesion de su destino, pues probablemente le habia desanimado y empobrecido su última expedición, ó quizá hallase dificultad en reclutar aventureros. Al fin se le presentó otra empresa; los caribes por aquel tiempo llegaron á ser el terror de los habitantes españoles de las islas, haciendo escursiones en las costas y llevándose los cautivos para devorarlos, segun se suponía: eran frecuentes estas invasiones en la isla de Puerto-Rico, que se temia que al fin tuviesen los españoles que abandonarla.

Por último, el rey Fernando en 1514 dió orden de que en Sevilla se alistasen tres buques bien armados y tripulados, para limpiar las islas de caribes y librar el mar de tan sangrientos merodeadores. El mando de la armada se confió á Juan Ponce de Leon, por su conocimiento en el modo de hacer la guerra á los indios y la consumada experiencia que tenia en los mares.

Llevaba instrucciones para atacar, en primer lugar, á los caribes de las islas mas próximas á Puerto-Rico, y luego á los de Costa-Firme, en las cercanías de Cartagena; despues tomaria la capitanía de Puerto-Rico, y se ocuparia en los repartimientos ó distribuciones de indios juntamente con la persona designada por don Diego Colon.

La empresa era á propósito para un soldado del carácter de Juan Ponce, y el valiente anciano, lleno de confianza, se dió á la vela en enero de 1515, con direccion á las islas Caribes, resuelto á castigar ejemplarmente á los salvajes de todo el Archipiélago. Ancló en la isla de Guadalupe, y envió á tierra hombres en busca de leña y agua y unas cuantas mujeres que fuesen á lavar la ropa de las tripulaciones, con una partida de soldados que los guardasen.

Juan Ponce no fue tan precavido como otras veces, ó tenia que habérselas con salvajes de una inteligencia poco comun en el arte de la guerra; lo cierto es que, mientras estaban diseminados por la playa con la mayor confianza, salieron los caribes repentinamente de una emboscada, mataron la mayor parte de los hombres y se llevaron á las mujeres á los montes.

Este golpe, en el principio de su ponderada expedición, fue una herida mortal para el corazon de Juan Ponce, y concluyó con todo su ardor guerrero: humillado y mortificado se dirigió á la isla de Puerto-Rico, en donde renunció á la prosecucion de la empresa so pretexto de su quebrantada salud, y dió el mando á un capitán llamado Zúñiga; pero á nadie se le ocultó que la enfermedad procedía mas del espíritu que no del cuerpo. Permaneció de gobernador en Puerto-Rico; pero su carácter habia cambiado, volviéndose testarudo é irritable en fuerza de tantos disgustos y vejaciones, lo que fue causa de muchas reyertas en la isla, por sus medidas fuertes y decisivas con respecto á las distribuciones de indios.

Continuó muchos años descansando allí, hasta que las brillantes proezas de Hernán Cortés, que amenazaba eclipsar todos los hechos de los veteranos descubridores, le sacaron de su apatía, despertando su adormecido espíritu.

parte creía que aquel rio no era otro que el llamado Jordan, en la punta de Santa Elena; sin considerar que este nombre se lo pusieron los españoles en el año 1520, cuando descubrieron las tierras de Chicora.

Disgustado de no hacer papel en sus últimos años, viendo que se elevaba otra reputación más grande que la suya quedando él en el olvido, determinó salir con otra expedición. Había oído decir que la Florida, considerada por él como una isla, era parte de Costa-Firme y principio de muchas y desconocidas regiones; de consiguiente, un vasto campo se abría ante sus ojos, donde podía llevar á cabo conquistas y descubrimientos, que igualasen, sino sobrepujaban, á la afamada conquista de Méjico.

Por lo tanto, el año de 1521 aprestó dos buques en la isla de Puerto-Rico, comprometiendo en la empresa casi toda su propiedad; el viaje fue malo y tempestuoso, pero al fin llegó al país que deseaba. Bajó á tierra con la mayor parte de su gente; mas los indios salieron á defender valerosamente sus costas; la batalla se encrudeció, muriendo en ella muchos españoles y saliéndose herido de un flechazo en el muslo Juan Ponce; llevóse á bordo y conociendo que no podría dar otro ataque, dirigió su rumbo á Cuba, á donde llegó enfermo del cuerpo y del espíritu.

Estaba en una edad en que son muy difíciles ya las reacciones saludables; el pesar de ver humillado su orgullo y perdidas sus esperanzas, aumentó la fie-

bre producida por la herida y murió poco después de su llegada.

«De este modo el destino, dice uno de los más verídicos escritores antiguos españoles, se deleita en trastornar los proyectos de los hombres. El descubrimiento con que Juan Ponce se lisonjaba alcanzar una perpétua vida, tuvo por resultado acelerar su muerte.»

Sin embargo, puede decirse que al fin obtuvo una sombra sus deseos; pues si no consiguió prolongar el término natural de su existencia, se aseguró con su descubrimiento, la eterna duración de su nombre.

El siguiente epitafio, puesto sobre su tumba, hace justicia á sus altas cualidades de guerrero:

Mole sub hac fortis requiescunt ossa Leonis,
Qui vicit factis nomina magna suis.

Parafraseado al español por el licenciado Juan de Castellanos, dice:

Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varón,
Que en el nombre fue Leon,
Y mucho más en el hecho.

APÉNDICE.

UNA VISITA A PALOS.

Al principiar la siguiente narración, no pensó el autor pasarse su tamaño del de una carta amistosa; pero circunstancias imprevistas han aumentado sus dimensiones. La inserta aquí en la creencia de que muchos participaran de su curiosidad, y se alegraran de saber algo sobre el actual estado de Palos y de sus habitantes; razón que le indujo á él á hacer este viaje.

Sevilla 1828.

Desde que escribí á V. mi última, he emprendido, lo que yo llamo una peregrinación americana, pues he ido á visitar el pequeño puerto de Palos en Andalucía, en donde Colon equipó sus buques y se hizo á la vela para el Nuevo Mundo. No puedo expresar á V. lo interesante y agradable que me ha sido. Yo tenía meditada hace mucho tiempo esta escursión, que consideraba como un deber piadoso y casi filial en mi calidad de americano, y me animé á verificarla, cuando me dijeron que algunos edificios citados en la Historia de Colon, permanecían casi en el mismo estado que en el tiempo de su permanencia en Palos, y que los descendientes de los intrépidos Pinzones, que le ayudaron con buques y dinero, y le acompañaron en el viaje de descubierta, vivían todavía en sus cercanías.

La tarde antes de mi salida de Sevilla, oí decir que había un joven de la familia de los Pinzones estudiando leyes en la ciudad; hice que me presentaran á él y me gustó por sus caballerescas maneras: dióme una carta para su padre don Juan Fernandez de Pinzon, residente en Moguer y actual cabeza de la familia.

Como estábamos á mediados de agosto y hacía un calor insoportable, alquilé una calesa: mi caletero era un andaluz alto y flaco, de chaqueta corta y calañés, con los pantalones abotonados de arriba abajo por el costado y sus botines de cuero bordados. Era un mozo muy activo, aunque desusadamente taciturno; para Andaluz iba siempre junto á su caballo, animándolo de tiempo en tiempo con una terrible im-

precación, ó arrimándole el látigo por vía de insinuación positiva.

En este equipaje salí por la tarde para evitar el calor del sol, y después de haber subido las colinas que rodean el hermoso valle del Guadalquivir, y de haberme molestado mucho la aspereza del camino, bajamos entre dos luces á una de esas vastas, silenciosas y melancólicas llanuras, tan frecuentes en España, donde no vi más señales de vida que una banda de errantes cigüeñas, y una torada á lo lejos, guardada por un solo pastor que, con su larga pica plantada en tierra, se mantenía inmóvil en medio del paisaje con toda la apariencia de un árabe del desierto. Ya era bastante entrada la noche, cuando nos detuvimos á descansar algunas horas en una venta, ó posada si cabe darle este nombre, porque no eramos que un establo de techo muy bajo, dividido en varias cuadras para colocar las recuas de mulas que conducen los arrieros, ó carreteros que hacen el comercio interior en España. Habitaciones para los viajeros no había ninguna, ni aun para un transeunte tan fácil de acomodarse como yo. El posadero no tenía que darme de comer, y por lo que respecta á cama, solo existía una manta sobre la que estaba acostado en cueros su hijo único, de edad de ocho años. El calor de la estación y el vaho que salía de los establos, hacían aquella estancia insoportable; por lo que tuve á bien pasar la noche sentado en el suelo y envuelto en mi capa á la puerta de la venta; donde, al despertar, después de tres horas de profundo sueño, me hallé con un contrabandista roncando cerca de mí y el trabuco al lado.

Al otro día empecé mi jornada antes de amanecer y á las diez de la mañana ya habíamos andado bastantes leguas, y nos detuvimos á almorzar y pasar las horas más calorosas del día en una aldea, de donde salimos á las cuatro de la tarde: proseguimos entonces nuestro camino por un sitio tan solitario como el anterior, hasta que al ponerse el sol llegamos á Moguer. Esta ciudad (en el día lo es) está situada á una legua de Palos, de cuyo pueblo son la mayor

parte de las personas acomodadas que viven en ella, contando entre otras á la familia de los Pinzones.

Está tan separada esta pequeña población del centro del comercio, y tan destituida de las pomposas vanaglorias de este mundo, que mi calesa, con sus cascabeles y sus moñas rodando por aquellas tortuosas y mal empedradas calles, causaba gran sensación; los chiquillos saltaban y brincaban, admirando sus espléndidos adornos de latón y seda, y contemplando respetuosos al importante extranjero que iba en tan estupendo equipaje.

Me apeé en la posada principal, cuyo amo estaba á la puerta: era uno de los hombres más corteses del mundo, dispuesto á servirme en cuanto necesitase y pudiera complacerme; pero había una gran dificultad; no tenía ni cama ni alcoba en su casa donde poder alojarme. En efecto, aquella no era más que una simple posada de arrieros, acostumbrados á dormir en el suelo sobre mantas de mulas y los fardos por cabecera. No había mejor posada en la ciudad. Pocos son los que recorran por gusto ó por curiosidad en España pueblos tan extraviados de las carreteras; y si alguna persona distinguida lo hace, se aloja por amistad ó recomendación en las casas particulares. Una cama no es, en muchos puntos de la Península, artículo de primera necesidad, y así me puse á buscar algún tranquilo rincón donde tender mi capa: afortunadamente apareció la mujer del ventero. Imposible que fuese más obsequiosa que su marido; pero, ¡Dios vendiga á las mujeres! siempre saben conseguir su objeto.

A poco rato un cuartito, como de unos diez pies cuadrados, que había sido antes pasillo entre los establos y una especie de tienda, se limpió de todos los muebles inútiles que contenía; y me aseguraron que allí me se pondría una cama. Por la conversación de mi posadera con sus compadres, cogí que todos iban á contribuir para procurarme una cama, y mantener el lustre del establecimiento.

Así que pude mudarme de ropa, empecé las históricas pesquisas que eran el objeto de mi viaje, y pregunté donde vivía don Juan Fernandez Pinzon; mi complaciente patron me acompañó á su casa.

Mi imaginación iba preocupada con la idea de visitar á un representante en línea recta de la familia de los coadyutores de Colon.

A poco trecho llegamos á la casa, cuya apariencia indicaba el bien estar si no la riqueza de sus moradores la puerta, según la costumbre de los pueblos en España. Durante el verano estaba enteramente abierta, y entramos con el ordinario saludo de «Ave María.» Una joven criada respondió á nuestra salutación, y habiéndole preguntado por su amo, nos condujo al través de un patio colocado en el centro del edificio, que refrescaba un hermoso saltador rodeado de arbustos y de flores, á un terrado adornado también con flores y macetas; allí estaba sentado don Juan Fernandez con toda su familia, gozando del ambiente de una noche serena al aire libre.

Me gustó muchísimo su porte: era un venerable hidalgo, alto, algo delgado, blanco y de pelo gris; me recibió con la mayor urbanidad, y después de haber leído la carta de su hijo, manifestó la admiración que le causaba mi viaje á Moguer, sin más objeto que visitar el sitio en que se había embarcado Colon. Admiróse mucho más cuando le dije que uno de los principales objetos de mi curiosidad era su propia familia; porque se conoce que el buen caballero no se cuidaba mucho de las grandes empresas que ejecutaron sus antecesores.

Tomé asiento en el círculo, y muy pronto me hallé tan á gusto como si estuviera en mi casa; tan general es la franca cordialidad de los españoles. La mujer del don Juan era una señora sumamente amable y dotada de una gracia natural que sobrepasa tanto

en las damas españolas. En el curso de la conversación supe que su esposo, anciano de setenta y dos años era el mayor de cinco hermanos, todos casados y con numerosa progenitura, que habitaban en Moguer y sus inmediaciones en el mismo estado de fortuna y rango que en tiempo de los descubrimientos. Esto estaba perfectamente de acuerdo con lo que había oído decir de las familias de los descubridores. De Colon no existe ningún descendiente en línea recta; fue una planta exótica que no consiguió echar profundas raíces en el país; pero la raza de los Pinzones continúa creciendo y multiplicándose estrordinariamente en suelo natal.

Duraba aun la conversación cuando entró un caballero que me presentaron como don Luis Fernandez Pinzon, el más joven de todos los hermanos; parecía hombre de cincuenta á sesenta años, bastante robusto, de pelo gris y con franco y urbano porte; es el único que ha seguido la antigua profesión de su familia, habiendo servido con aplauso en la marina española, de donde se retiró en la época de su casamiento hacia unos veinte y dos años. Es el único que se interesa y manifiesta orgullo por los honores históricos de su casa, conservando cuidadosamente todas las apuntes y documentos de los hechos y distinciones de la familia, cuyo manuscrito voluminoso me prestó para que lo inspeccionara.

Don Juan me manifestó el deseo de que durante mi permanencia en Moguer viviese en su casa. Traté de escusarme alegando que las buenas gentes donde estaba parando se habían tomado mucho trabajo para colocarme y que no me parecía bien desairarlos. El buen señor tomó á su cargo el arreglo del negocio, y mientras se preparaba la cena nos fuimos juntos á la posada. El dueño y su mujer se habían esmerado: ocupábanse en colocar una vieja y raquítica mesa en un rincón del cuarto con todas las pretensiones de una cama de lujo. ¿Cómo menospreciar lo que aquellas gentes habían preparado para mí con tan buena voluntad y que consideraban un triunfo del arte? Volví, pues, á decir á don Juan que me dispensara de dormir en su casa, ofreciéndole comer con ellos todo el tiempo de mi residencia en Moguer; y como el anciano señor comprendió los motivos que me impelían á no admitir su oferta, simpatizando alegremente con mi amigo, quedó el negocio arreglado. En seguida volví con don Juan á su casa y cené con la familia; durante la cena concertamos un plan para hacer mi visita á Palos y al convento de la Rábida, ofreciéndose voluntariamente á acompañarme y ser mi cicerone, y quedando todo dispuesto para el día siguiente. Debíamos almorzar en una hacienda que poseía en las inmediaciones de Palos, en medio de un viñedo, y comer allí á nuestra vuelta del convento. Arreglado así todo nos separamos; traslademe á mi posada satisfecho de mi visita, y dormí profundamente en la estupenda cama inventada para mi comodidad.

A la mañana siguiente muy temprano don Juan Fernandez y yo salimos en la calesa con dirección á Palos. Yo sentía que este caballero por un exceso de condescendencia se hubiese levantado tan de mañana, exponiéndose á una fatiga demasiado grande para su edad; se rió de mi cuidado y me aseguró que era muy madrugador, y estaba acostumbrado á toda especie de ejercicios á pié y á caballo, pasando muchos días en los montes en partidas de caza, llevándose consigo sus criados, caballos y provisiones, y viviendo en una tienda de campaña á la espera como buen cazador; efectivamente parecía hombre robusto, de vida activa y jovial vivacidad; su humor alegre me hizo pasar una mañana sumamente agradable y divertida; su urbanidad se manifestaba con cualquiera transeunte que encontrábamos en el ca-